

## El ánfora vacía<sup>1</sup>

*Esther Aznar T.*<sup>2</sup>

### Resumen

---

Este trabajo trata de hacer un repaso por las representaciones simbólicas de lo materno, sus aspectos arquetipales universales y algunas consideraciones sobre la maternidad a la luz del psicoanálisis. Resalta el aspecto dual del arquetipo (lo luminoso y lo sombrío), la vinculación madre-hijo y su interacción en la constitución del sujeto humano desde diferentes perspectivas teóricas.

Se plantea también la dualidad de anidación y expulsión como dialéctica que encuentra correspondencia tanto en lo psicoanalítico como en lo arquetipal y lo biológico, lo cual es expresado tanto en la cotidianidad clínica como en la circundante. La conciencia sobre dichas polaridades, en sus diversas manifestaciones, nos acercará a una mayor comprensión de la complejidad de lo materno y sus vínculos.

---

### Summary

---

This paper is an attempt to review some of the symbolic representations of the maternal: its archetypal and universal aspects as well as some considerations on motherhood in the light of psychoanalysis. The dual aspects of the archetype (luminous and shadowy) and the mother-child entailment will be revised, as well as their interaction as constitutional of the human subject across different theoretical views.

In addition, the nesting-expulsion opposition is highlighted as a dual struggle which has its correspondence in the psychoanalytical as well as

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en las XI Jornadas de Niños y Adolescentes “Maternidad. Luz y sombra”, de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas (noviembre 2011).

<sup>2</sup> Psicoanalista. Miembro Titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

the archetypal and biological approach. Deepening into the significance of this polarity –in its diverse forms of expression- might lead us to a wider comprehension of the maternal complexity.

---

Muchas son las representaciones simbólicas que en las diferentes sociedades y culturas nos dan testimonio de la presencia e interpretación de lo materno a lo largo de la historia de la humanidad. Tierra, luna, agua, cueva, caverna, vasija, ánfora.

Todas ellas aluden al continente, el nido, la fertilidad, la creación de vida, su posibilidad generadora y aniquiladora. La madre *tierra*, que da y vuelve a tomar la vida de la semilla y del ser humano en su retorno a ella para su regeneración, renacimiento. Gaia o Gea es la Madre Universal. Anterior a los dioses. “Engendra a Urano de sí misma, se une a él y nacen los Titanes” (Daudí 1965). Rea, diosa que algunas veces se confunde con Cibele. Hija y esposa de Cronos. Madre de Demeter, simboliza la Gran Madre, pertenece a las diosas primigenias.

*Deméter* es una diosa de la tierra y la fertilidad. La madre por excelencia. Cuando fue raptada su hija Perséfone y secuestrada en el reino de los Infiernos por Hades, para manifestar su desacuerdo y su ira, provocó la esterilidad de la tierra y, en consecuencia, la sequía y el hambre, durante los meses de ausencia de la hija. La diosa madre tiene el poder de dar y quitar los frutos, la abundancia, la fecundidad. Otras diosas madres representan también la caza, la oscuridad, la sabiduría, el mundo desconocido, inaccesible.

El agua es el principio de origen por excelencia. En todos los mitos de creación, las aguas se separan, se forman los ríos, los mares, se produce un diluvio devastador, un caos y tras éste las aguas purifican, regeneran, dan origen a los seres vivos que emergen de su profundidad. El agua se asocia simbólicamente con la vida intrauterina, la imaginación, el inconsciente, los sueños. El agua de los rituales, el agua bendita, bautismal. Hay aguas claras, transparentes, otras oscuras, estancadas o en movimiento... parecieran inagotables los contenidos simbólicos adjudicados a este elemento.

Así ocurre también con la simbología de la luna y su influencia en la tierra, en sus aguas, en las mareas, en los estados anímicos, lo cíclico femenino. La luna de los amantes, la de plata, la luminosa y la oculta, desconocida, misteriosa... la luna y las brujas en la noche, la luna del inconsciente y la locura lunática, de las noches donde los lobos aúllan. Sus fases representan el devenir de la vida, el crecimiento, la mengua, la muerte (desaparición) y de nuevo el renacer. La luna interviene en todos los eventos de la tierra, la

fertilidad, los cambios cíclicos de lo femenino y lo materno y sus cuentas en meses lunares, los ritos iniciáticos, los ritos funerarios, etcétera.

Hay símbolos que nos recuerdan lo materno por su forma, su función de contención, de anidar, guardar (la cueva, la caverna). Los espacios oscuros guardan los misterios de la vida y la muerte. Mantienen una cavidad de la que se puede salir al mundo exterior, a la luz. Los mitos y la simbología de la caverna se remontan a la Grecia antigua, a Platón y contienen una riqueza extraordinaria de significados. El mundo interior, profundo, lo oculto, lo arcaico primordial, desconocido y la posibilidad de ver la luz del conocimiento, del mundo circundante, la salida.

Las diosas madres primigenias se erigen de múltiples apariencias según las culturas, pero de significaciones similares, que comportan los elementos fundamentales de lo simbólico materno arquetipal.

### Arquetipo de la madre

El arquetipo de la madre ha estado presente en las diferentes culturas a través de todos los tiempos y se ha manifestado en infinidad de mitos, creencias, rituales, obras de arte.

La diosa madre es el núcleo de ese arquetipo que ha inspirado una percepción del universo como unidad sagrada y viva, en la que se mezcla una red cósmica que une los órdenes de la vida manifiesta y oculta, cuyo centro ha girado en torno a la creación. Junto a otros atributos, entre los cuales están su autonomía, sexualidad y fuerza, así como la unidad de los opuestos, lo masculino y lo femenino, la creación y la destrucción, la vida y la muerte (Erich Neumann, 2009).

El arquetipo materno asimila la virtud creadora del inconsciente y tiene como trasfondo lo que se llama *conciencia matriarcal* y es el fundamento de la cultura.

Posteriormente, agrega Neumann (2009): "... en el mito del *Génesis*, de cuyos fundamentos deriva el cristianismo (judeo-cristianismo) Eva viene a representar un derrocamiento de la gran madre y, aunque varias de sus imágenes conjugan elementos que afirman la vida en los mitos anteriores –por ejemplo, el jardín, los cuatro ríos, el árbol de la vida, la serpiente, entre otros–, el de Eva se fundamenta en el miedo, la culpa, el castigo y el reproche, ya que se adjudica a ella, a la mujer y a la serpiente, antes encarnación de la diosa, la responsabilidad del pecado y –a pesar de que Eva significa vida– en el mito se convierte en causa de muerte. La desmitologización de

esta primera mujer, creadora de naturaleza, dio pie a que la muerte –antes vista como un todo con la vida, en tanto que los muertos regresaban al útero para renacer– se constituyera como castigo.

La imagen de María, en el siglo xv, renueva lo simbólico, en sus características de amor y sacrificio, y en su carácter inmaculado virginal (la Virgen, en todas sus representaciones, a lo largo de la historia). El arquetipo contiene los aspectos luminosos y sombríos. Los aspectos luminosos los apreciamos en los atributos de contención, nutrición, fertilidad, vida, cuidado. Los aspectos sombríos coinciden con su poder hecho atributos maléficos que representa la harpía, la bruja. Lo oscuro de la poción versus el alimento primordial.

Los cuentos de hadas, los relatos fantásticos, la literatura y las distintas manifestaciones artísticas están llenos de representaciones de esta dualidad coexistente o separada para su asimilación. La reina buena, la madre amorosa, las hadas, y por otro lado la bruja que envenena con sus pociones, la madrastra que envidia y ataca a la niña hermosa, a la princesa.

La madre es poderosa, capaz de la vida y de la muerte, a la vez que imprescindible su presencia real o sustituida para la creación, la supervivencia física y emocional de los hijos.

Las diversas escuelas y propuestas teóricas psicoanalíticas, pese a sus diferencias, coinciden bastante en la estructuración y constitución inicial del psiquismo humano. El comienzo de la vida necesita del cuidado –*holding*– para el desarrollo infantil; es una dependencia absoluta, simbiótica, la de la organización vincular con la madre o su sustituto funcional. Estos conceptos desarrollados por Winnicott también encuentran coincidencia en la necesidad de individuación posterior al estado simbiótico (Margaret Mahler), que refrendan de una u otra manera casi todos los autores. El sujeto humano se constituye en presencia y gracias al encuentro con un *otro*, la madre o un sustituto de su función permiten la construcción de su identidad primaria.

### La función *rêverie* (Bion)

Alicia Lisondo (2010) nos presenta un trabajo sobre la *función rêverie* descrita por Bion donde la idea de vínculo o de función vinculante que conecta a los seres humanos, básicamente a sus mentes, se encuentra como una de sus mayores contribuciones. Ha reconsiderado la idea kleiniana de objeto bueno parcial (el pecho de la madre) introyectado en los primeros meses de vida como el núcleo del yo del bebé. Bion considera que es el

aspecto vincular de la mente de la madre, su función mental continente, la que será introyectada y formará el núcleo del *self* del bebé, otorgándole la posibilidad de contenerse y comprenderse a través de la función alfa.

En esta línea de pensamiento, Lisondo sostiene que *rêverie* es un misterioso concepto que destaca e ilumina la relación de objeto y el nacimiento del psiquismo en un nuevo parto mental que nace *de y en* una historia transgeneracional. Esta función describe una capacidad, en el mejor de los casos es una capacidad natural de la mente de la madre que le permite aceptar, alojar y transformar la comunicación primitiva preverbal del bebé en elementos alfa capaces de pensar pensamientos y sentir sentimientos.

La función continente se asocia a la función de filtro de la placenta, protectora, que previene de los elementos desagradables, amenazantes del exterior.

## El espejo

Un excelente trabajo de Myrta Casas (2001) nos muestra cómo –desde puntos de partida teóricos diferentes– Winnicott y Lacan tratan el tema del niño y el espejo. En 1967 Winnicott publica “El papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño”. La tesis central señala que “en el desarrollo emocional individual el precursor del espejo es el rostro de la madre”. Es un modo de expresar la influencia, por él reconocida, del texto de Lacan, primero oral de 1936 (Mariembad, XIV Congreso IPA) y luego escrito en 1949 (XVI Congreso IPA, Zurich). “El estadio del espejo como formador de la función del yo, tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”.

Para Winnicott, sigue la autora, “se trata de pensar el desarrollo emocional, en Lacan es una reflexión acerca de la constitución de una *función*, la función del yo”. En el “estadio del espejo”, el niño sonríe ante la imagen más nítida de sí mismo, que le sonríe a su vez. Para ese momento se vive a sí mismo fragmentado, incapaz de controlar los movimientos de su cuerpo y la imagen del espejo le es grata y se afianza cuando mira a otros de su edad. Es “el encuentro con lo idéntico”, dice Lacan. Luego encuentra la mirada de la madre, en lo que denomina el “encuentro con lo semejante”.

Pensamos con Casas que, en este contexto altamente libidinal, es donde acontece un gesto fuertemente significado: el niño vuelve su rostro hacia la mirada de la madre que lo mira mirarse en el espejo. Allí radica la posibilidad de la matriz simbólica del yo: “... lo que se manipula en el triunfo del hecho de asumir la imagen del cuerpo en el espejo, es ese objeto evanescente

entre todos por no aparecer sino al margen: el intercambio de las miradas, manifiesto en el hecho de que el niño se vuelva hacia aquel que lo asiste, aunque sólo fuese por asistir a su juego”. Gesto significado y significante, que da cuenta de esa experiencia con el otro y el Otro.

Para Winnicott, la madre tiene un papel primordial en el proceso de separación (Yo-No Yo). Nos dice: “... el primer espejo es el rostro de la madre, y una de las funciones de la madre, de ambos padres y de la familia, es proporcionar un espejo, *figurativamente* hablando, en el cual el niño pueda verse”. Lo constitutivo para el niño que configura la respuesta parental sería entonces el modo de hacer presente el deseo inconsciente sobre el hijo para “que él o ella sean ellos mismos”, es decir, sin intrusiones, capturas apropiadoras o indiferencia.

Winnicott es elocuente al otorgar a la función materna un rol esencial en esta peripecia; así cuando “el niño al mirar la cara de la madre se ve a sí mismo (...) la madre lo mira y lo que ella parece se relaciona con lo que ve en él”.

El concepto de “madre suficientemente buena” que, emergiendo de su “enfermedad maternal primaria”, plantea como la madre mira a su niño con una mirada de reconocimiento y amor. El reconocimiento (que implica separación) emerge en la mirada, en su tono de voz, o en el calor de los brazos que lo acunan, pero especialmente en la mirada y la voz donde aparece sin saberlo, a mi modo de ver, dice Casas, su deseo inconsciente. Para ello se requiere la estructuración psíquica más o menos saludable de la madre que le permita, no reflejar “su propio estado de ánimo”, como señala Winnicott, o “peor aún, la rigidez de sus propias defensas”.

Sin el reconocimiento simbólico no hay vida posible y ello debe estar presente en lo especular. La díada madre/bebé, que Winnicott plantea como unidad, es sin duda un tiempo lógico de la estructuración psíquica que se precisa investir, tolerar y acompañar, reconociéndolo en su transitoriedad. Si una madre asiste a su bebé con un fantasma de posesión y pertenencia absoluta, no habrá lugar para el desarrollo de la *enfermedad maternal primaria*, transitoria por definición (Casas, 2001).

El bebé se encuentra en el espejo de la madre y, en un interjuego de proyecciones e introyecciones, va construyendo su propia identidad. Se instaura la noción de Yo-No Yo. Se encuentra la identidad a expensas de la semejanza y la diferencia en el espejo de la madre (Soy uno como tú, No soy tú, que dará paso al Soy Yo). Da pie a discusión teórica los momentos de encuentro con la primera especularidad en la madre y el momento frente al espejo, objeto externo del estadio del espejo en Lacan, pudiendo pensarse que éste es ulterior y resignifica el primigenio. Queda para reflexionar.

Pero la madre también se mira en el espejo del hijo y encuentra en él su logro narcisista. Como las diosas primigenias, arcaicas, la madre encuentra la completud, el paraíso perdido del útero de su propia madre se reencuentra de alguna manera en el nuevo paraíso de dar vida, alimentar exclusivamente por largo tiempo, ser carne hecha carne con el otro.

La madre vuelve a ser en los hijos, al verse en ellos, a través de ellos. Pero tendrá que imponerse la renuncia a la completud, la aceptación de la castración por parte de la madre, la aceptación de la pérdida y la necesaria obligación de asumir la falta de omnipotencia en los grandes momentos (parto, destete, introducción en el orden social y cultural, etcétera) y en los pequeños y constantes desprendimientos que resignifican los anteriores y donde la separación es inminente.

El ánfora vacía es una imagen que me ilustra la propiedad materna de anidar y llenar su receptáculo maravilloso, siempre en el saber de su destino de vuelta a la vacuidad. Podemos pensar en diferentes formas posibles en ese interjuego de proyecciones e introyecciones, identificaciones y encuentros especulares.

Pensemos en el espejo vacío. El bebé no encuentra a la madre en el espejo. La ausencia, por abandono real o por un vacío psíquico, impide o dificulta la construcción de la identidad, trastoca la estructuración psíquica, seguramente responsable de los más graves estados clínicos conocidos. Y, a su vez, la madre queda carente de mirada, de sonrisa, de respuesta. Se ve entorpecida la retroalimentación necesaria en el juego especular.

El espejo roto alude a la fragmentación de la madre, incapaz de devolver la imagen de fusión y defusión necesaria para la estructuración adecuada. Ambos acuden fragmentados, total o parcialmente, en situaciones que corresponden a madres con altas perturbaciones clínicas y donde la imagen va a ser de difícil constitución para el bebé, ambos se encuentran desintegrados.

Más cercano a lo neurótico, vemos el asomo al espejo de la madre devoradora, castradora, la bruja que no tolera su propia imagen, la desmiente y cuando se encuentra con la niña joven, hermosa... despliega su maleficio, la envenena, la duerme, la acecha... o la ignora. La niña no encuentra a la madre para su identificación porque ésta compite maléficamente con ella, o la atraviesa sin detenerse en su necesidad, en su deseo. La madre narcisista es incapaz de ver al hijo o a la hija más allá de su continuidad, de su deseo de ser a través de ellos, de reconstruirse y reencontrarse a sí misma en su espejo (frecuente representación en los cuentos de hadas, Blancanieves, Bella Durmiente, etcétera).

Finalmente, la bruja a veces no puede tolerar su vacío de poder en algún sentido, la castración, la falta, el paso del tiempo, su vejez, la muerte, y desata su control, su posesión indisoluble sobre el hijo o la hija. Compite, dificulta el encuentro con terceros, asalta la intimidad, denigra, desconoce a los hijos. Algo de todo esto lo vemos en alguna medida en nuestra cotidianidad clínica y en nuestra cotidianidad circundante.

La literatura psicoanalítica en la teorización de la escuela kleiniana y sus seguidores despliegan las posibilidades de bondades y maleficios de la madre desde la perspectiva infantil, desde un comienzo de la vida, en la presentación del yo incipiente, fragmentado, no cohesionado, así como la parcialidad pulsional y las defensas consecuentes contra la angustia inicial (posición esquizoparanoide). Klein y los autores poskleinianos disocian la dualidad de bondad y maldad, amor y odio, desde la perspectiva del bebé en atención a la presencia o ausencia de la madre que se percibirá como buena o mala, según gratifique o frustre, y así será amada u odiada, como dos objetos, aún no integrados, parciales (representados por el pecho). En el camino hacia la integración, hacia la posición depresiva, las imágenes se van acercando, se van estableciendo los mecanismos defensivos necesarios y la maduración yoica, y el bebé comienza ambivalentemente a amar y odiar al mismo objeto materno, que se manifiesta ahora dual, con capacidad de gratificar o frustrar, hacerse presente o no, siendo uno solo.

La dualidad se va haciendo producto de la estructuración sana del psiquismo infantil, madre buena y mala, presente y ausente, que nutre o priva, que ama u odia. Los mecanismos esquizoides primitivos, proyectivos, la escisión, las identificaciones proyectivas, idealizaciones y las defensas maníacas van dando paso a las posibilidades más evolucionadas, depresivas, de culpa y reparación.

Desde un comienzo y en el clásico de Marie Langer (*Maternidad y sexo*), la autora hace un pasaje por las diferentes posibilidades y vicisitudes de la feminidad y la maternidad. Desde la concepción, sus características y sus dificultades, los acontecimientos a lo largo de la gestación y finalmente el parto y la lactancia. Así, son tratadas sus delicadas implicaciones psicoanalíticas y su vertiente de aceptación o no de lo femenino y materno en cada singular y personal relación con la propia madre y sus identificaciones.

Las fantasías amorosas, de cuidado, de visualización del bebé, presentes y a futuro, podemos asimilarlas al lado más luminoso arquetipal. Las ansiedades más crueles, terroríficas, amenazantes que la madre siente sobre ella misma y su producto nos recuerdan las contenidas en lo oscuro, sombrío arquetipal.

La maternidad no es eludible, se hace cuerpo, se transfigura, se presiente, se siente, se prefigura. La niña ha jugado a ser madre desde muy pequeña, ha escondido una almohada, un peluche, un bebé en su vientre, bajo su vestidito de infancia que luce su maternidad fantaseada, imitada, haciéndose identificación. La niña juega a dar a luz, por cesárea, por expulsión mágica, por la boca, por el canal del parto. Acuna a las muñecas bebés, arrulla, alimenta, atiende, también regaña, castiga. La niña repite —a veces idealiza al exponer su deseo materno— su deseo de ser como la madre o aún mejor. La niña juega a ser madre antes que mujer. Lo femenino será más complejo de representar en el juego. Primero tendrá que pasar por un tránsito donde se instalará su conciencia de género y aparecerá el tercero. Las niñas juegan a la familia, los novios recrean la sexualidad incipiente en uniones entre los muñecos. Aparece el padre y luego el novio. El papá de sus niños ya preconcebidos tiempo antes en el juego de alimentar, cuidar, vestir la muñeca madre y los bebés lo anteceden como en el desarrollo femenino antecede la fusión con la madre al encuentro con la terceridad y antropológicamente, las diosas primigenias, la tierra madre omnipotente fertiliza los campos desde su fecundidad primordial.

El modelo biológico me sirve de ilustración. El cuerpo se prepara, el terreno es fértil, la semilla lo fecunda. El vacío virtual se va llenando día a día, mes a mes. Sólo así es posible la creación. La plenitud se ha instaurado para ambos. Por eso la literatura imagina un paraíso perdido intrauterino al que siempre se quiere acceder, retornar.

Sin embargo, el destino del ánfora es la vacuidad (el tiempo es limitado). La maternidad es sólo posible si la mujer anida, si contiene, si retiene en sí, si no el hijo no traspasará la fantasía de la niña, no crecerá, no llegará a ser, se perderá en el camino. El milagro de la vida, siempre cercano a la muerte, se hace sutilmente presente desde un comienzo, pero, así como la anidación y contención son imprescindibles, no será posible retener el estado de plenitud, de simbiosis, más allá del límite exacto de la supervivencia (física o emocional).

El modelo biológico coincide con el arquetipal. La anidación y la expulsión, el desprendimiento y la retención, es un interjuego que vemos manifestarse en el día a día, y así encontramos madres donde predomina una u otra tendencia. Sin embargo, ambas coexisten, aunque en proporciones diferentes.

Por un lado, la madre incontinente mata, por privación, por abandono, por carencia, por ausencia. Pero la madre que no acepta la separación, no permite el desprendimiento y retiene, no expulsa, matará por asfixia,

por sofocación, por atrapamiento, devorará o castrará emocionalmente, no dejará ir. No sin dolor se produce el alumbramiento. Un mandato bíblico lo anuncia. El parto psicoprofiláctico, natural y algunos otros recursos lo facilitan, contrarrestan en alguna medida el mandato que signa la maternidad y el sufrimiento desde un inicio. El dolor físico puede mitigarse, pero el duelo debe producirse por la pérdida, el vacío tras la separación ineludible. Sólo en la fantasía puede prolongarse la permanencia, pero incluso ésta también debe tener un fin.

Asistimos entonces a la incansable búsqueda de equilibrio entre anidar y alumbrar, retener y dejar ir (dice la madre: “del vientre, del útero, del pecho, de la casa, de mi lado, de mi vista, de mi control, de mi deseo, de mí”). Lo vemos expresado en lo clínico, en el sufrimiento de la madre que lo padece y relata, o en el hijo que expone su tema materno, más o menos consciente o inconscientemente, en las narraciones del adulto, en los juegos, cuentos y los dibujos infantiles. Con mayor o menor gravedad lo vemos en las ansiedades de separación, de variada intensidad y matices, hasta los más escabrosos manifiestos de abandono prematuro, desaire materno, desapego, privación o en sus contrarios de apresamiento, castración, inhibiciones, atrapamiento y anulación existencial.

La dialectica del poder de la madre... vida y muerte reales o emocionales, simbólicas, aparecen en el poder que le adjudica el niño, la cultura, el inconsciente personal y el colectivo arquetipal.

Posteriormente, la madre deberá permitir la entrada de la terceridad, el padre, presencia o función, y dará paso a una nueva ruptura y separación simbólica, en la cotidianidad, en la mente de ambos, acatando la ley universal, la ley del Padre (la prohibición del incesto, la prohibición del parricidio). La diosa primigenia va dando paso a la deidad que se une sexualmente cercana a lo terrenal. La madre pierde poder. Ya no son el cielo y la tierra en la unión de los principios opuestos.

Perséfone nace de la unión de Demeter y Zeus. El rapto de Hades y su escondite en el infierno provocan el aullido de la madre que siente el desprendimiento de la hija en brazos de lo oscuro, lo subterráneo, fuera de su alcance...

Frecuentemente oímos el aullido de las madres ante el rapto... y sabemos de los pactos de reencuentro temporal en la tierra, en la casa, en el territorio materno. En una secuencia de imágenes de piezas de arte griego y greco-romano, vemos la unión de Demeter y Core (Perséfone), el rapto de Hades... y, en otra secuencia, el brindis de la hija que celebra su encuentro con lo masculino. La niña ha traspasado el umbral de la cueva. La niña ha

salido airosa del universo materno. Le queda regresar a él, temporalmente, hecha mujer, al reencuentro con la madre, al encuentro con la identificación femenina y materna, quizás a perpetuar el ciclo... al encuentro de sus propias vicisitudes... en todo caso y pese a las diferencias del pasaje, del complejo proceso, al igual que en el drama del varón, dejando atrás el ánfora vacía... al encuentro de su propia existencia, su libertad, sus tránsitos, su deseo...

### **A modo de cierre...**

Hemos transitado rápidamente lo materno desde los símbolos universales, las vicisitudes de la maternidad y algunas de sus implicaciones psicoanalíticas. La constitución del sujeto humano y la complejidad de la vinculación de los hijos y las madres.

No quiero concluir sin dedicar unas líneas a todo lo materno que habita en las mujeres —que también encontramos entremezclado con lo masculino en muchos hombres—, pero en este caso en las mujeres que a través de sus hijos, y aún más allá de ellos, despliegan en los actos creadores, nutricios, protectores, dadores de continentes amorosos. A lo materno cotidiano, diálogo permanente entre lo luminoso y lo sombrío, que debemos conocer, develar, y con lo que convivimos permanentemente.

Unas líneas, entonces a las madres de todos los días, en su complejo quehacer con los hijos... y unas palabras muy especiales a aquellas que sin hijos —por las más diversas circunstancias— encuentran caminos por donde transitar sus diosas fértiles, su maternidad simbólica.

## Referencias bibliográficas

- ALADRO, E. (2009). *La estructura de los símbolos*. Universidad Complutense. Madrid.
- CASAS DE P., M. (1999). *En el camino de la simbolización. Producción del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Paidós.
- \_\_\_\_\_ (2001). “En torno al rol del espejo”. Jornadas Winnicottianas. Chile.
- CHEVALIER, J. (1986). *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Herder.
- DAUDÍ, L. (1965). *Mitología griega*. Barcelona: Editorial Zeus.
- FREUD, S. (1914). “Introducción al narcisismo”, en *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu. Tomo XIV [1976].
- GUIRAND, F. (1971). *Mitología general*. Barcelona: Labor.
- JUNG, C.G. (1970). *Arquetipos del inconsciente colectivo*. Buenos Aires: Paidós.
- KLEIN, M. (1976). *Psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Paidós-Horme.
- LANGER, M. (1974). *Maternidad y sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- LISONDO, A. (2010). “Rêverie re-visitado”, en *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, vol. 9.
- MASSOTA, O. (1991). *Lecturas de psicoanálisis. Freud, Lacan*. Buenos Aires: Paidós.
- NEUMANN, E. (2009). *La Gran Madre. Una fenomenología de las creaciones femeninas de lo inconsciente*. Colección Paradigmas. Rústica. Madrid: Editorial Trotta. Paidós.
- VILLALOBOS, M. (2008). *Hilaturas I*. Caracas: Editorial Tiqué.
- WINNICOTT, D. (1972). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Granica.